

DE LA COMISIÓN NACIONAL DE LITURGIA - CHILE

COMENTANDO LA INSTRUCCIÓN GENERAL DEL MISAL ROMANO 2001

LITURGIA ES COMUNICACIÓN ¿Por que no siempre funciona?

Frecuentemente nuestra liturgia tal como la celebramos no funciona; nos deja insatisfechos.

Es muy repetitiva, rutinaria, muy poco expresiva. La razón principal: no funciona el simbolismo de los signos, gestos, ritos, elementos visuales... que pretenden evocar y hacer presente lo trascendental, lo espiritual.... Se produce un divorcio... La liturgia es comunicación, y la comunicación no llega. Además la liturgia no dice lo que hace, sino que hace lo que dice.

Antes de ilustrar con ejemplos concretos los múltiples “divorcios” que se producen en nuestra manera de celebrar, conviene profundizar qué pretende lograr la Liturgia al utilizar el lenguaje y los recursos simbólicos, y cómo deberían funcionar.

Se sabe que la “función simbólica” nace, en el ser humano, a los 9 meses después del nacimiento: la capacidad que tiene un niño a esa edad de relacionar dos cosas distintas. La lingüística es uno de estos elementos importantes que permite la comunicación, y particularmente de relacionar una palabra con una persona o un objeto. Así, si pronuncio la palabra “¡Papá!”, dentro de un grupo familiar delante de una niña de 9 meses, inmediatamente esta niña va a buscar y reconocer entre los presentes al papá... El niño de corta edad es un artista y un poeta en ese arte de relacionar los objetos entre sí, dándoles a cada uno un contenido que evoca para él otra realidad: capacidad de asociar y relacionar palabras, objetos, signos, ritos, gestos, personas... todo un mundo maravilloso que va descubriendo... (Al respecto, “El Principito” de Saint Exupery es una hermosa parábola que traduce simbólicamente todos los sentimientos del niño...)

Así pasa también en la Liturgia que es el arte de la utilización de los signos sensibles:

- signos naturales, humo, fuego, olor, colores, cifras... me informan de algo... que no he creado;
- signos convencionales que transmiten una información según un código aceptado en una cultura determinada (p. ej. los signos de cortesía, las señales del tránsito, etc.)...

- Y una clase de signos muy especial que merece nuestra reflexión: los signos simbólicos o símbolos: todo un sistema psíquico a través del cual el hombre puede alcanzar, representarse a sí mismo y comunicar realidades que le son lejanas, porque son invisibles o indemostrables, entre ellas todas las riquezas de la relación con los demás. La distancia que separa los hombres es así cubierta por acciones, gestos o palabras “simbólicos” (Símbolo = que une; diá-bolo = que divide) Y por eso va a atribuir a ciertos conceptos abstractos, elementos visuales, unas connotaciones materiales, por ejemplo, paz-paloma; justicia-balanza, etc...

Ningún hombre puede entrar en relación inmediata con Dios: Todo “conocimiento” del Señor por la razón o por el corazón es tamizado por el velo de este mundo, nuestra manera de ser, nuestra cultura, la naturaleza... Las realidades de la fe se encuentran más allá de la experiencia inmediata. Para contemplarlas y asumirlas responsablemente, el hombre necesita de signos simbólicos, sacramentos y otros.

Estos signos simbólicos que se utilizan en las celebraciones litúrgicas, en consonancia con nuestra cultura, traducen y ponen a nuestra disposición para transformarnos, la iniciativa de la liberación que nos trae del Señor Jesucristo y nos permiten también dar nuestra respuesta de alabanza y compromiso. Iniciativa y respuesta son pues “significados” simbólicamente. Palabras y gestos, adquieren eficacia y fuerza transformadora.

* * *

Algunos divorcios que niegan lo que se quiere expresar.

1. La veneración del altar.

Al llegar al altar el sacerdote venera el altar, lo besa, lo incienso...

El altar de un templo (junto con la Cruz) tiene una nobleza tal, que para la tradición cristiana, “Ara Christus Est”. El altar es Cristo mismo, la “piedra angular” de un Templo espiritual.

Por eso lo voy a saludar gustosamente, besar, incensar... es mi primer contacto con Cristo de quien he recibido el ministerio de re-presentarlo y luego de actuar “en la persona de El”.

Pero, si por otras razones, tengo que utilizar una mesa ordinaria con mantel para celebrar en otro lugar que no es el templo, ¿qué sentido tendría dar un beso a una mesa en que habitualmente se prepara los alimentos, se corta la carne, las verduras, se juega naipes, se cuenta la plata, se convive con un trago... La fuerza de la costumbre y de la rutina me hace olvidar el verdadero sentido de lo que significa este gesto de veneración en este caso extraordinario. Me basta con saludar con una inclinación la cruz que no puede faltar.

2. El acto penitencial (no es un “rito”, como tampoco el Credo es un “rito” de fe!).

Con mucha compunción empezamos a acusarnos de todos los pecados posibles: “Señor, somos T.P.C.”, Perdón, Señor! “y luego, el coro empieza a cantar en un ritmo de vals: “¡Ten piedad de mí, Señor, ten piedad, ten piedad!...” con acompañamiento de palmas para marcar el ritmo y con bastante sonrisas... (“a la chacota” como decimos en Chile!...)

¿Qué puede pensar el Señor de esto? Su respuesta debe ser: “Este grupo me honra con guitarra y con labios, pero su corazón está lejos de mí!...” (Is. 29,13) Es otro ejemplo de divorcio entre el sentido profundo del acto penitencial, y su expresión musical, privilegiando el ritmo sobre las palabras... y la actitud del corazón...

3. Confusión de ministerios

El salmista no puede ser el mismo lector que acaba de proclamar la primera lectura. A veces resulta desconcertante.

(En nuestros “Subsidios para la Misal dominical”, el guía introduce brevemente el Salmo que es respuesta a la Palabra de Dios. Hay gran desconocimiento del salterio en nuestros fieles).

Lo ilustramos con un ejemplo: el salmo 53, que sigue la primera lectura de la Sabiduría del Domingo 25/ B ordinario, 21 de septiembre:

“Los malvados complotan la muerte del justo”: “Dijeron los impíos...”

Guía:

El salmo 53 que se lee después de este violento texto es la oración del justo perseguido por los impíos que se refugia totalmente en las manos de Dios y, seguro de ser escuchado, articula ya las palabras de la acción de gracias.

Comentamos en el mismo lugar:

“Sería incoherente y desconcertante que sea el mismo lector de la primera lectura que acaba de proferir palabras de odio contra el Justo, el mismo que lea después la oración confiada del Justo. Que este salmo sea rezado desde otro lugar, -no desde el ambón- y con otro tono de voz”.

Este problema es frecuente... Fuerza de la inercia... no le damos importancia a los salmos.

Urgencia de confiar los salmos a otro lector; son textos tan distintos.

4. “Dense fraternalmente la paz”

Se trata aquí de un rito de fraternidad que original y tradicionalmente debería manifestarse en la comunión eucarística entre varios otros signos, pero que - debido a un canto de mal gusto, desde algún tiempo- se ha transformado en una denuncia de los conflictos bélicos: “¡EL MUNDO PIDE PAZ!” (faltan las pancartas como en las manifestaciones callejeras!)

Mucha gente que poco frecuenta la misa admiran esta preocupación (?) de la Iglesia a favor de la paz en el mundo y precisamente en ese momento de la misa.

Siempre hubo conflictos en nuestro planeta, y, puede ser que nos sentimos muy afectados, gracias a los medios de comunicación, por los conflictos en Tchechenia, en Timor oriental, en Rwuanda, en los Balcanes, en el Medio oriente... y que tenemos ganas de convertirnos en militantes de la paz en el mundo, como los de Greenpeace!

Pero, el rito de la paz no es un llamado a la protesta. Aquí hay una ignorancia, sobre el verdadero sentido de este rito en este mismo momento que precede la comunión.

Por este rito dice la IGMR:

“La Iglesia implora para sí misma la paz y para toda la familia humana la paz y la unidad, y los fieles se expresan la comunión y la mutua caridad, antes de participar de un mismo pan”. (n. 82)

Se trata de un rito secundario y facultativo, no obligatorio, en la secuencia de los ritos preparatorios a la comunión. No se atropella ninguna ley al omitirlo, e incluso sería muy pesado, en las comunidades religiosas que celebran diariamente, repetirlo todos los días!

El rito mucho mas importante (y de institución divina) es el rito de la Fracción con su propio canto letánico que se puede repetir tantas veces cuantas sea necesario. Mientras realiza la fracción, el sacerdote ni siquiera pronuncia el Cordero de Dios, que es canto de la asamblea.

Es cierto que muchos obispos han solicitado el desplazamiento del rito de la paz, ya que es facultativo. El Misal del Zaire lo ubica antes de la misa: “Los fieles se acogen mutuamente al llegar”. Al inicio de la celebración, serviría muy bien para el saludo.

Si estuviera al final de la misa, tendría muy buen sentido como despedida. En muchas partes, es costumbre que el presidente de la Asamblea salude a su gente a la salida del templo, y de hecho se produce una convivencia entre los fieles en este momento de la salida.

Muchos otros desearían ubicarlo después del acto penitencial o bien antes de la presentación de los dones, en conclusión de la homilía, dando cumplimiento a la orden del Señor: “Si, al acercarte al altar, te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda y ve primera a reconciliarte con él”. (Mt. 5,23)

Si se hiciera después de las lecturas, expresaría adecuadamente el fruto que produce en nosotros la Palabra escuchada en común, y precisamente antes de traer al altar los dones para la Eucaristía.

Pero creo que el momento mas cargado de sentido para este gesto es el que tiene actualmente en el Misal Romano: o sea, como preparación inmediata a la comunión, situado entre el Padre nuestro (“Perdónanos como nosotros perdonamos”), y el gesto de la fracción del Pan (que apunta a la fraternidad y la unidad), por el gesto simbólico de que, de un solo pan participemos muchos. Estos gestos apuntan a lo mismo, o sea a la fraternidad, (no a un llamado a depositar las armas de guerra!) Antes de ir a comulgar con Cristo, decimos con palabras (Padre nuestro) y expresamos con gestos (paz y fracción) que queremos crecer en fraternidad.

Urgente sería eliminar los cantos (pobrísimos) actualmente en uso que falsifican el sentido genuino del rito: Uno solo –si se quiere cantar de vez en cuando- expresa auténticamente el sentido de “fraternidad”, al cantar, tomándose de la mano:

“Dame la mano, dame la mano
Dame la mano y mi hermano serás”

No me importa la raza que seas,
pobre, rico, Cristo te amará.
Si tu corazón es como el mío,
dame tu mano y mi hermano serás.

Oh hermano, juntemos las manos
y unidos vamos a luchar.
Si tu corazón es como el mío,
Dame tu mano y hermano serás.

Otro canto posible, después de invitar a tomarse de la mano: “¡Bendigamos al Señor”!

Nos resulta educador el que cada día se nos recuerde que la Eucaristía, además de unirnos a Cristo, nos debe unir con los hermanos. San Pablo (1 Cor 11) llegó a

decir a los Corintios que lo que celebraban no tenía nada que ver con la Cena del Señor (“eso no es comer la Cena del Señor!”), porque les faltaba fraternidad (“ustedes avergüenzan a los pobres, desprecian a la comunidad!”)

Es un gesto que hay que hacer sonriendo, pero que es muy serio. No es un momento de “recreo”. Vamos a participar del “Cristo entregado por”. Tenemos que recibirlo con una actitud de apertura para con los demás. No hace falta canto (el Misal no lo pone porque el gesto ya habla por sí solo). Ni hace falta que vayamos a dar la paz a todos (es un gesto simbólico): dando la paz a los tres o cuatro que tenemos al lado, expresamos nuestra voluntad de querer crecer en fraternidad como fruto de esta Eucaristía.

Además la nueva IGMR prohíbe al sacerdote u obispo dejar el altar para salir del presbiterio e ir a saludar a la gente en la nave (n. 154). La paz viene de Cristo mismo allí presente en el altar... el que preside no tiene el encargo de hacer de vehículo de la paz del Señor. Es preferible que varios fieles, particularmente ministros extraordinarios de la comunión u otras personas suban al altar en este momento y reciban directamente la paz del que actúa “in persona Christi!”. Luego se quedarán para recibir el Pan que acaba de ser partido, y comulgarán bajo las dos especies.

5. Comulgar con Hostias de la Fracción del Pan

El Padre (Cardenal) Congar, gran artesano del Concilio Vaticano II, a quien se le solicitaba su opinión sobre la conveniencia y la urgencia de un Concilio Vaticano III contestaba: “Ni siquiera se ha cumplido el 30% del Concilio Vaticano II”... Y agregaba: “Quizás es en la reforma litúrgica que menos se ha cumplido...”

A los 40 años (Dic. 1963) de la publicación del primer documento del Concilio sobre la Liturgia, “Sacrosantum Concilium”, todavía no hemos asimilado la reforma, y menos la renovación, deseada por el Concilio, y en muchas partes todavía seguimos como antes sin darnos cuenta.

Este atraso en la aplicación de la reforma litúrgica ha motivado esta larga serie de nuestros artículos de “CONALI Informa”, comentando la IGMR, con ocasión de la publicación de la 3ª edición del Misal Romano, a petición del Santo Padre; tratamos de motivar teológicamente el sentido profundo de los ritos frente a la inexpresividad –e incluso el sin-sentido- de nuestra manera rutinaria de celebrar. Frecuentemente ni nos damos cuenta; y cuando descubrimos, no tanto el “deber ser”, sino su razón de ser, y su modo de comunicar sensiblemente, encontramos por fin el gozo de celebrar y la satisfacción de nuestra grey...

Lo de la “presencia real” en el Sagrario es tan metido en nuestra mente que todavía se habla del “Prisionero del Tabernáculo”... pero al mismo tiempo, sabemos cuánto se ha debilitado en nuestros fieles el sentido de la adoración eucarística. (Bienvenida la última Encíclica de Juan Pablo II!) Se ignora que es en

la misa que se realiza –a defecto de otro concepto teológico- lo que llamamos entre nosotros, la “transubstanciación”, y se sigue también ignorando que lo normal de la misa es la comunión al Pan consagrado en la misma misa... de allí el nombre muy tradicional de la Eucaristía “la Fracción del Pan”.

Dice la norma del Ritual de la Eucaristía n.7:

“Las Hostias consagradas deben renovarse frecuentemente y conservarse en un copón o en un pequeño vaso, en la cantidad que se considere suficiente para la comunión de los enfermos y la de los demás fieles fuera de la misa”

El rito de la Fracción del pan en la misa pretende significar que todos participamos de un mismo Pan que se parte primero para compartirlo inmediatamente después, y así significar que todos los que comemos de un mismo Pan formamos un solo Cuerpo, fomentando la fraternidad tal como el Santo Padre lo comenta ampliamente en su última admirable Encíclica sobre la Eucaristía que tiene como finalidad edificar la Iglesia Cuerpo de Cristo (Cf. nn. 22-25 y 34-43), e ilustrando así esta frase-clave de la Eucaristía en la LG n.7:

“En la Fracción del Pan, nos compenetramos con EL y entre nosotros mismos”

No se puede entender que el sacerdote consagre su pan para sí mismo, pero, para los demás se va a la reserva.... como si fuera solamente para darle a cada uno individualmente una hostia consagrada para su propio consuelo y su devoción personal.

El pan de hoy

Un Domingo, mirando la misa televisada (generalmente estas misas con sus limitaciones están lejos de ser una referencia litúrgica seria) en una familia con niños chicos, el sacerdote que celebraba no hizo la fracción del pan, pero en el momento en que él mismo se comulgaba, llegó solemnemente por el pasillo central un ministro laico llevando muy en alto un copón y lo entregó al sacerdote para la comunión de los fieles. Un chico preguntó: “Mamá ¿qué es eso?” y la mamá, buena catequista, que conocía muy bien el evangelio le dijo: “Es el pan del cielo!”

Seguro que el niño captó que fueron a buscar hostias al cielo!. Pero, es la misma mamá que enseñó a sus niños una oración antes de comer:

“Señor, el pan de ayer es añejo;
el pan de mañana no está cocido:
Gracias, Señor, por el pan de hoy!”

Es esta misma antífona que nuestros niños pronuncian todos juntos antes de la bendición del pan (“pan bendito” que realizo cada domingo en la misa con niños) Después de la bendición del pan, los ACN lo fraccionan delante de los niños, y durante la comunión, lo reparten a los niños. Casi todos se llevan a la casa un trocito de este pan bendito “para el papá que no pudo venir, o por la abuela!...”

Y muchos de ellos, a su vez, en la procesión de presentación de las “tarjetas de fidelidad” a Jesús, depositan en una canasta galletas, chocolates, dulces para los niños de un parvulario muy pobre. Ya todos saben el sentido del “partir para compartir!”... Todo un rito que tiene gran importancia entre los niños y sus padres: importancia de dar gracias a Dios por todos sus dones y de compartir todos el mismo pan de la fraternidad.

Es un buen signo que desde algún tiempo se fabrican y se venden cada vez más hostias de gran tamaño, de unos 18 cm y más; se trae una en la presentación de los dones junto con hostias chicas en un copón. Cada una se puede dividir en unos 30 trozos, lo que permite alargar y visualizar un poco más el rito de la fracción con su canto del Cordero de Dios, y así se cumple la norma de la IGMR que destaca su simbolismo:

n.83 “El gesto de la fracción del pan realizado, por Cristo en la última Cena, que en los tiempos, apostólicos dio el nombre a toda la acción eucarística, significa que los fieles siendo muchos, por la Comunión de un solo pan de vida, que es Cristo muerto resucitado por la salvación del mundo, forman un solo cuerpo” (1 Cor. 10-17)

n.321 “La naturaleza del signo pide que la materia de la celebración eucarística aparezca verdaderamente como alimento. Conviene, por lo tanto, que el pan eucarístico sea ácimo y confeccionado en la forma tradicional, se haga de tal forma que el sacerdote en la misa celebrada con el pueblo, pueda realmente partirlo en diversas partes y distribuirlos a algunos fieles. No obstante, de ningún modo se excluyen las hostias pequeñas, cuando lo requiere el número de los que van a recibir la sagrada comunión. Pero el gesto de la fracción del pan, que en los tiempos apostólicos designaba sencillamente la unidad de todos en un solo pan, y de la caridad, por el hecho de que un único pan se distribuye entre hermanos”.